

de la independencia española: se insurreccionó el día 24 de mayo, dos días después de Cartagena, dos antes de Sevilla y al mismo tiempo que la montuosa Asturias. Al llegar el correo de Madrid con la noticia de las abdicaciones, agavillándose el pueblo, como en las otras provincias, corrió en tumulto á la casa del capitán general D. Juan de Guillelmi, y viendo que andaba irresoluto, como los demás capitanes generales sus compañeros, le destituyó y puso en su lugar á su jefe de estado mayor el general Mori. Éste al siguiente día convocó una junta para satisfacer los deseos del pueblo, y para fortalecerse con un consejo que compartiese su responsabilidad. El general Mori y la Junta, conociendo el doble peligro de quedar á merced del populacho y á merced al mismo tiempo de los franceses que inundaban la Navarra, procedían con poca decisión: el pueblo, á quien apenas habría satisfecho el celo más exaltado, quiso desembarazarse de los jefes que no participaban de su acaloramiento, aunque no asesinarlos como se hacía en otras partes, y confirió el mando á un personaje desde entonces célebre, cual fué D. José Palafox y Melzi, sobrino carnal del duque de Melzi, vicescanciller del reino de Italia. Era Palafox un joven de hermosa presencia, de veintiocho años de edad, que había servido en el cuerpo de guardias de corps, y que se había distinguido por haber contrastado con una altiva repulsa los deseos de una reina corrompida que puso en él los ojos. Adicto á Fernando VII, á quien había visitado en Bayona, encontrándole cautivo y tiranizado, se hallaba de vuelta en Zaragoza, su patria, y retirado en sus cercanías, ansiando llegase el momento de poder servir á aquel rey que miraba como el único legítimo. Informado el pueblo de estos méritos, corrió á buscarle para hacerle capitán general. Aceptó Palafox, tomó por consejeros á un fraile muy sagaz y decidido, á un antiguo oficial de artillería muy práctico y á un anciano profesor que le había dado lecciones, y supliendo con las luces de éstos su falta de instrucción como político y guerrero, se puso á dirigir los negocios de Aragón. Pronto iba á encontrar en su sola alma heroica recursos para mandar con acierto en todo. Convocó las cortes de la provincia, ordenó un levantamiento en masa, y apellidó á las armas á la lozana y valiente población aragonesa. No sólo fué obedecido su llamamiento, sino también precedido. Finalmente, fueron tales la agitación y el arrebato, que hasta se sublevaron los de Logroño, en los confines de Aragón y Navarra, á cinco ó seis leguas de distancia de las tropas francesas. Otro tanto sucedió en Santander, hacia nuestra derecha y á la espalda misma de nuestras columnas.

Así en el espacio de ocho días que transcurrieron desde el 22 al 30 de mayo, toda la España se levantó, sin ponerse entre sí de acuerdo las provincias, al impulso de un mismo sentimiento, de la indignación que causaron los sucesos de Bayona. En todas partes fueron los mismos los rasgos característicos de esa insurrección nacional: indecisión en las clases elevadas; instinto unánime é irresistible en las clases inferiores; formación de juntas locales de insurrección; levantamientos en masa; desertión del ejército regular para adherirse al movimiento del pueblo; donativos voluntarios del clero superior, ardor fanático del inferior; en suma, mucho patriotismo, mucha obcecación, mucha ferocidad, acciones

grandes y crímenes atroces: era aquella en verdad una revolución monárquica que se consumaba con todos los accidentes de una revolución democrática, por ser el instrumento que la llevaba á cabo el pueblo, y por ser también democrático el resultado que se buscaba, á saber: la reforma de las antiguas instituciones que se había prometido á la España para combatir á la Francia con sus propias armas.

Las noticias de estas insurrecciones espontáneas ocurridas desde el 22 al 30 de mayo, sólo llegaron sucesiva y lentamente á Bayona, donde residía Napoleón y donde siguió residiendo hasta ya entrado el mes de julio. Primeramente no se supieron más que las que estallaron á derecha é izquierda del ejército francés, esto es, en Asturias, Castilla la Vieja y Aragón. La escasez de medios de comunicación, siempre grande en España, pero mayor á la sazón de resultados de ser con frecuencia interceptados y hasta asesinados los correos, fué el motivo de que ni en Madrid supiese el estado mayor francés nada de lo que ocurría á la parte opuesta de Castilla la Nueva y la Mancha. Sabíase solamente que en las demás provincias reinaba grande agitación y grande efervescencia, pero se ignoraban los pormenores, y sólo paulatinamente, durante el mes de junio, se fué sabiendo todo lo acontecido á fines de mayo; y aun esto sólo se reveló por las confidencias ó por las bravatas de los españoles, que referían en Madrid lo que se les había escrito en cartas particulares llevadas por propios.

Así que supo Napoleón los sucesos de Oviedo, Valladolid, Logroño y Zaragoza, ocurridos tan cerca de su persona, y de los cuales no le informaron hasta siete ú ocho días después de cumplirse, dió órdenes prontas y enérgicas para sofocar la insurrección antes que cundiera y se consolidara. Había ya cuidado de establecer entre Bayona y Madrid, á espaldas de los cuerpos de Moncey y de Dupont, el del mariscal Bessieres, compuesto de las divisiones de Merle, Verdier y Lassalle. Componíase la división de Merle de varios terceros batallones procedentes de las costas, y de los cuartos batallones de las legiones de reserva; la de Verdier había sido formada por los regimientos provisionales, desde el número 13 al 18 (1), por haberse destinado los doce primeros, como ya hemos visto, al cuerpo del mariscal Moncey. Llegaban por aquel tiempo los cuerpos polacos admitidos al servicio de Francia, los cuales consistían en un soberbio regimiento de caballería de novecientos á mil caballos, que adquirió después gran celebridad con el nombre de lanceros polacos, y tres regimientos de infantería selectos, de mil quinientos á mil seiscientos hombres cada uno, que llevaban el nombre de primero, segundo y tercer regimiento del Vístula. Por último, fué Napoleón trayendo sucesivamente ya de París, ya de los campamentos establecidos en las costas, el 4.º de ligeros y 15 de línea, el 2.º y el 12 ligeros, el 14 y el 44 de línea, poniéndolos en marcha unos después de otros, desde París al campamento de Boloña y desde el campamento de Boloña á los campamentos de Bretaña, y desde los campamentos de Bretaña y Bayona, de modo que tuviesen tiempo para descansar y ocasiones de ser útiles en los puntos de parada. Mandó además que se

(1) Sin embargo, por haber faltado destacamentos para los regimientos 15 y 16, no se pudieron formar más regimientos provisionales que el 13, el 14, el 17 y el 18. (N. del A.)

le enviasen en posta dos batallones aguerridos de la guarnición de París. Así, pues, si bien no tenía por de pronto á su disposición todos los recursos necesarios para sofocar inmediatamente la insurrección española, suplía su falta con su genio organizador, y ya había logrado reunir algunas fuerzas que le permitían aplicar al mal provisionalmente algún remedio, puesto que iba á recibir seis regimientos franceses de formación antigua y tres regimientos polacos. Esperaba también, con la denominación de regimientos de marcha, numerosos destacamentos destinados á reclutar los regimientos provisionales (1), los cuales antes de confundirse en estos últimos prestaban sus servicios en toda la travesía que recorrían.

Mandó Napoleón inmediatamente al general Verdier que fuese á Logroño con mil quinientos infantes, trescientos caballos y cuatro piezas de artillería para hacer con aquella ciudad un severo escarmiento; y al general Lefebvre-Desnoettes, oficial distinguido que mandaba los cazadores de á caballo de la guardia imperial, que se trasladase á Pamplona con los lanceros polacos, unos cuantos batallones de infantería provisional y seis piezas, recogiendo además en dicha plaza los terceros batallones que formaban su guarnición, todo lo cual componía una fuerza, de unos cuatro mil hombres; y que pasase á marchas forzadas á Zaragoza á restablecer el orden en la capital de Aragón. Debía preceder al general Lefebvre-Desnoettes una diputación compuesta de varios individuos de la junta, para que antecediase la persuasión al uso de la fuerza, y si aquella no bastaba se aplicase ésta al daño con toda energía. Dispuso Napoleón que el mariscal Bessieres, así que Verdier hubiese acabado su empresa en Logroño, regresase con la caballería del general Lasalle á Valladolid para restablecer la tranquilidad alterada en Castilla la Vieja. Envió á Madrid al general Savary para que substituyese á Murat, que estaba enfermo, dictando órdenes en su nombre sin que pareciese haber cambiado el mando. Prescribió que la división de Frere, que era la tercera del general Dupont, se corriese desde el Escorial hacia Segovia, que se había sublevado, y que con un movi-

(1) Por estas varias denominaciones puede el lector formarse una idea de la complicación que el crecimiento de las necesidades y de los recursos había introducido en la organización militar, manejada por Napoleón con tanto genio. Había regimientos de línea veteranos, con los números desde el 1 hasta el 112, y además regimientos de ligeros desde el número 1 al 32, que estaban diseminados en Polonia, Alemania, Italia é Iliria, y que tenían sus batallones de depósito en el Rhin y los Alpes. Había además regimientos llamados provisionales, que se habían formado de compañías sacadas de los batallones de depósito y que estaban destacados en España bajo aquella forma pasajera. Había también destacamentos que se sacaron más adelante de aquellos mismos depósitos para reforzar los regimientos provisionales y que durante la travesía formaban los llamados regimientos de marcha. Las cinco legiones de reserva, cuyos tres primeros batallones componían el cuerpo del general Dupont, cuyos cuartos batallones formaban una de las divisiones del mariscal Bessieres y cuyos quintos y sextos batallones por último no estaban aún organizados, formaban otra nueva categoría. Había, por último italianos, polacos y suizos, que contribuían por su parte á aumentar las fuerzas de que disponía Napoleón. Conviene, pues, fijar bien la atención en estas categorías tan varias y numerosas, para poder apreciar el arte prodigioso con que manejaba Napoleón sus fuerzas, y sobre todo para comprender por qué, á pesar de este arte prodigioso, empezaban sus recursos á no estar ya en proporción con la inmensa carga que se había echado sobre los hombros. (N. del A.)

miento retrógrado á la izquierda, hacia Guadalajara, enviase sobre Zaragoza una columna de tres ó cuatro mil hombres. Movido por ciertos rumores vagos sobre el levantamiento de Valencia, mandó hacer salir de Madrid la primera división del general Moncey, con un cuerpo auxiliar español; dirigir aquella columna hacia Cuenca, deteniéndose allí si no se confirmaban aquellos rumores, y llevarla hasta Valencia en caso contrario. Sin embargo, como esta fuerza era escasa para rendir una población de cien mil almas (sesenta mil en la ciudad y cuarenta mil en la huerta), mandó Napoleón al



El general Verdier

general Duhesme que enviase desde Barcelona sobre Tarragona y Tortosa la división de Chabrán, para que reprimiese de camino los movimientos de Cataluña, ganase al partido de la Francia al regimiento suizo de Tarragona y desembocase sobre Valencia por el litoral, mientras la sorprendiese el general Moncey cayendo sobre su llanura por las montañas.

Pero la principal solicitud de Napoleón se dirigió hacia la Andalucía y la escuadra francesa surta en Cádiz. Desde los primeros momentos se propuso dirigir al general Dupont hacia Andalucía, donde le parecía que habían dejado acumularse demasiadas fuerzas españolas, y donde temía además una tentativa de parte de los ingleses. Había hecho adelantar á dicho general con una división en Toledo, otra en Aranjuez y otra en el Escorial, escalonado de este modo en la carretera de Madrid á Cádiz, recomendándole muy particularmente que estuviese dispuesto á marchar á la primera señal. Dada ésta al recibirse la noticia de la insurrección, el general Dupont había emprendido su marcha (á fines de mayo) hacia Sierra Morena. Contaba Napoleón con un general como aquél, distinguido siempre por su va-



lor, brillantes hechos de armas y su buena suerte, y le tenía destinado el bastón de mariscal de Francia para la primera ocasión que se presentase, teniendo por seguro que ocurriría en España. También este malhadado general lo esperaba. ¡Cruel y horrible misterio del destino, siempre imprevisible en sus favores y en sus inelencencias!

No queriendo Napoleón enviarle disparado como una saeta al corazón de España sin medios bastantes para mantenerse allí, le mandó varios refuerzos. Como no le había enviado más que con la primera división, que era la del general Barbou, mandó llevar la segunda á Toledo á fin de que pudiera reunirse en caso de necesitarla. Quiso además que se le diese toda la caballería del cuerpo de ejército, los marinos de la guardia destinados á montar los dos nuevos navíos preparados en Cádiz, y por último los dos regimientos suizos de la antigua guarnición de Madrid (el de Preux y el de Reding), reunidos á la sazón en Talavera. La división de Kellermann, del cuerpo de ejército de Junot, situado en Elvás, sobre la frontera de Portugal y de Andalucía, y los otros tres regimientos suizos de Tarragona, Cartagena y Málaga, que suponía Napoleón reconcentrados en Granada, podían aumentar el cuerpo del general Dupont hasta veinte mil hombres por lo menos, aun sin la anexión de sus divisiones primera y segunda; fuerza en realidad bastante para refrenar á la Andalucía y libertar á Cádiz de un golpe de mano de los ingleses. Encargóse al general Dupont que avanzase con premura hacia el objeto que más daba que pensar á Napoleón, á saber, el puerto de Cádiz y la escuadra del almirante Rosily.

De resultados de estas órdenes debían quedar en Madrid dos divisiones del mariscal Moncey y otras dos del general Dupont, dado que estas últimas, establecidas en el Escorial, Aranjuez y Toledo, se consideraban como si estuviesen en la capital. Debían quedar allí los caraceros y la guardia imperial, es decir, unos veinticinco ó treinta mil hombres sin contar la escolta de regimientos veteranos que iban á acompañar al rey José. Había fundamento para creer que estas fuerzas serían suficientes para hacer cara á cualquier contingencia imprevista, pues aún no se sabía el grado de intensidad, de audacia y sobre todo de expansión que el levantamiento había adquirido. Se repitieron las órdenes para que se construyesen en Madrid, bien en palacio ó bien en el Retiro, verdaderas plazas de armas, en las que pudieran depositarse los heridos y enfermos, las municiones, las arcas, en suma, todo el bagaje del ejército.

Estas órdenes, dictadas directamente á las provincias del Norte, é indirectamente, por medio del estado mayor de Madrid, á las provincias del Mediodía, se cumplieron sin tardanza. Rompió la marcha el general Verdier con el 14.º regimiento provisional, unos doscientos caballos y cuatro piezas de artillería, partiendo de Vitoria sobre Logroño; al llegar á la Guardia, no lejos del Ebro, supo que los sublevados habían ocupado el puente que sobre este río conduce á Logroño, y tuvo que pasarlo en un bote, en El Ciego, poniéndose sobre aquella ciudad el día 6 de junio por la mañana. Los insurrectos, que eran el menudo pueblo y los lugareños de las cercanías, en número de unos dos ó tres mil, obstaculaban la entrada de la ciudad amontonando en ella toda clase de estorbos; habían colocado en batería siete ca-

ñones viejos montados por los carreteros del país en cureñas que ellos mismos habían construido, y manteníanse vigilantes tras de sus informes trincheras, llenos de entusiasmo pero con poca valentía. Huyeron á las primeras descargas ante nuestros bisoños, los cuales se llevaron de corrida cuantos obstáculos se les habían opuesto, y tan rápida fué la derrota de aquellos primeros sublevados, que no tuvo tiempo el general Verdier de rodear á Logroño para envolverlos y hacer prisioneros. Mataron unos ciento de ellos á bayonetazos y sablazos nuestros infantes dentro de la ciudad y nuestros jinetes por los campos; por nuestra parte sólo tuvimos un muerto y cinco heridos, entre ellos dos oficiales. Perdieron los amotinados sus siete cañones y unos ochenta mil cartuchos de infantería. El obispo de Calahorra, que se había visto precisado á acaudillarlos mal de su grado, obtuvo merced para la ciudad, quedando ésta por sus ruegos exenta de todo pillaje y condenada solamente á pagar una contribución de treinta mil francos para los soldados, entre quienes inmediatamente se repartió esta suma.

El comportamiento de estos primeros sublevados no daba por cierto grande idea de la resistencia que podíamos temer de parte de los españoles. El general Verdier entró en seguida en Vitoria para reemplazar en el cuerpo del mariscal Bessieres á las tropas de los generales Merle y Lasalle, que acababan de encaminarse á Valladolid. Lasalle con los regimientos 10 y 22 de cazadores y el 17 de infantería provisional tomado de las divisiones de Verdier, y Merle con toda su división, compuesta de un batallón del 47, de otro del 86, de un regimiento de marcha y de otro de las legiones de reserva, se dirigieron sobre Valladolid por Torquemada y Palencia, siguiendo las dos orillas del Pisuerga, río que baja desde los montes de Vizcaya al Duero atravesando por Valladolid.

Mientras así iban adelantando, el general Frere, por el contrario, abandonando el Escorial, efectuaba un movimiento retrógrado sobre Segovia, que se había sublevado. Cruzaban, pues, por Castilla la Vieja dos columnas, una que avanzaba por la carretera de Burgos á Madrid y otra que por la misma carretera iba deshaciendo camino. Llegó primero á Segovia el general Frere, que tenía menos que andar, y la halló ocupada por los cadetes del colegio de artillería y por un enjambre de lugareños que la habían invadido cometiendo en ella toda clase de excesos. Habían cortado todas sus calles con barricadas y puesto en batería los cañones, manejados por los cadetes. Estos obstáculos fueron al punto arrollados por nuestras tropas, que unían al ardimiento propio de la juventud la circunstancia de haber hecho la guerra en las filas del ejército un año entero sin quemar un solo cartucho. Asaltaron con inaudita prontitud las barricadas de Segovia, mataron á bayonetazos algunos paisanos y desalojaron á otros, que huyeron después de merodear las viviendas de cuya defensa se habían encargado. Dispersáronse los infelices moradores por no verse expuestos á las demasías de los defensores y de sus enemigos; pero sin substraerse á las de los primeros, lograron de los segundos, aquella vez por lo menos, ciertos miramientos. Fácil era comprender, viendo á la clase acomodada en la alternativa de optar entre un populacho sanguinario y depredador y

los soldados franceses exasperados, por qué esa clase en España propendía á la sumisión y amistad con la Francia (1). Condujose el general Frere muy humanamente con la ciudad de Segovia, pero se apoderó de todo el cuantioso material de artillería que encerraba el colegio militar.

Los supuestos defensores de Segovia se habían replegado desbandados sobre Valladolid como si los fuera persiguiendo el general Frere, que no tenía caballería para acosarlos. El director del colegio militar, D. Miguel de Ceballos, había ido con ellos hasta Valladolid; mas los sublevados, según acostumbra á hacer los malos soldados que vuelven la espalda al enemigo, achacaron el descalabro padecido á su traición y cobardía. Nada más injusto: sin embargo fué preso, y de este modo entró en Valladolid. En el momento de entrar hubo en la ciudad gran gritería: los reclutas del levantamiento estaban haciendo casualmente el ejercicio de fuego en una plaza por donde Ceballos atravesaba (2); al verle se agolparon sobre él, y á pesar de los sentidos ayes de su esposa, que le acompañaba, y de los esfuerzos de un clérigo que so pretexto de oír su confesión pedía que le concediesen algunos instantes de vida, fué bárbaramente asesinado y arrastrado por las calles. Hubo mujeres que en su rabiosa exaltación esparcieron por la ciudad sus sangrientos despojos. Este triste suceso, aunque mera continuación de otros muchos de igual especie, causó una impresión dolorosa y profunda al capitán general D. Gregorio de la Cuesta, que á su pesar había sido proclamado cabeza de la insurrección en Castilla la Vieja. Su efecto fué no atreverse á resistir al deseo de un populacho extravagante, que quería á toda costa salir al encuentro de la columna francesa que iba marchando de Burgos sobre Valladolid. Dijimos ya que mandaban esta columna los generales Lasalle y Merle, que habían salido de Burgos con unos cuantos miles de infantes y mil caballos, es decir, con fuerza doble ó triple de la que era menester para poner en fuga á todos los sublevados de Castilla la Vieja. Juzgaba con razón el anciano y adusto capitán general que todo lo más que podía hacer con sus tropas, en una ciudad bien atrincherada y supuesta la resolución de defenderse hasta morir, era sostenerse contra los franceses, y reputaba como insigne locura el ir á desafiar en campo raso á las más formidables huestes de Europa. Pero amenazado con que sufriría la misma

(1) Esta es una ilusión que se hace Mr. Thiers, por más que el deber de historiador le obligue á mencionar á los más esclarecidos personajes de España, si bien calla los nombres de muchos, entre los caudillos de los varios levantamientos tan costosos á Napoleón. Verdad es que muchos nobles y grandes procedieron como forzados; pero otros muchos en cambio se declararon con verdadero entusiasmo patrocinadores de la causa más digna y santa que ha sostenido jamás el pueblo español después de sus gloriosas lides contra los infieles. (N. del T.)

(2) Es achaque muy general en los escritores franceses la manía de querer representar todas las cosas de España con caracteres extraños y raros: esto hace que un hombre tan ilustrado como Mr. Thiers incurra en la falta de sentido de suponer que pudiesen los jefes de la insurrección de Valladolid haber dispuesto que hiciesen los reclutas el ejercicio de fuego en una plaza de la ciudad, como si allí no hubiera espaciosas afueras donde hacerle. Fué cabalmente en el Campo Grande donde sucedió lo que el autor va contando, y por cierto que se achacó á malicia de los que llevaban preso á Ceballos el sacarle á aquel paseo después de haber entrado en la población por el portillo de la Merced. (N. del T.)

suerte que don Miguel de Ceballos si se oponía á aquella insensatez, tuvo que salir con unos cinco ó seis mil paisanos y lugareños, unos cuantos desertores de tropas regulares, cien guardias de corps prófugos del Escorial (3), algunos centenares de jinetes del regimiento de la Reina y varias piezas de artillería, y se apostó en el puente de Cabezón, sobre el Pisuerga, dejando á Valladolid dos leguas á su espalda, punto por donde pasaba la carretera de Burgos á Valladolid.

El general Lasalle había ido arrollando las partidas de insurgentes apostadas en su ruta, especialmente en el pueblo de Torquemada, al cual trató con dureza. Salió el obispo á su encuentro en Palencia, á la cabeza de los principales moradores, pidiéndole hiciese merced á la ciudad; concediósele el general Lasalle, exigiendo solamente algunos víveres para sus soldados. El día 12 por la mañana llegó á vista del puente de Cabezón, donde había tomado posición D. Gregorio de la Cuesta. No revelaban las medidas adoptadas por el general español ni grande experiencia ni mucho genio militar; había situado su caballería delante del puente, detrás de su caballería una línea de mil doscientos infantes, su artillería sobre el mismo puente, algunas compañías de paisanos en los vados del Pisuerga y detrás, al otro lado del río, y en las alturas que dominan su corriente, todo el resto de su pequeño cuerpo de ejército. El general Lasalle, con su resolución acostumbrada, mandó acometer con dos regimientos de caballería y los fusileros del 17 provisional; sus jinetes derrotaron á la caballería española repeliéndola sobre su infantería, cerraron en seguida nuestros fusileros con aquella misma infantería y la arrollaron en el puente y en los vados del río. Grande fué el desorden, hacinándose todos, peones, jinetes y artillería, en aquel puente estrecho, bajo los fuegos de las tropas españolas de la opuesta orilla que caían sobre amigos y enemigos indistintamente. Apoyó el general Merle al general Lasalle con toda su división, se atravesó el puente y se tomó al punto la posición del lado opuesto del Pisuerga. La caballería persiguió á los fugitivos y mató á muchos de ellos. Nuestra pérdida fué de quince muertos y veinte ó veinticinco heridos; la de los españoles ascendió á quinientos ó seiscientos entre unos y otros. El general Lasalle entró sin resistencia en la ciudad de Valladolid, consternada, pero casi alegre de verse libre de los bandidos que so pretexto de defenderla la habían tiranizado. La mayor tristeza de los españoles fué haber visto á su más ilustre general batido tan completamente y tan pronto. D. Gregorio de la Cuesta se retiró con unos cuantos jinetes camino de León, rodeado de insurgentes dispersos por los campos, diciéndoles á todos que llevaban su merecido por haber cometido la locura de ir á desafiar con unas cuantas gavillas indisciplinadas á unas tropas regulares acostumbradas á vencer en toda Europa.

Hizo el general Lasalle en Valladolid grande acopio de armas, municiones y víveres y respetó la ciudad. Las jornadas de Logroño, Segovia y Cabezón sólo demostraban hasta ahora que había mucha presunción, mucha ignorancia y mucho coraje y además ninguna

(3) Estos guardias de corps eran de los que habían acompañado á Bayona á la familia real: el autor los supone prófugos del Escorial sin motivo ninguno para ello. (N. del T.)



costumbre de hacer la guerra: ninguna prueba de ese heroico tesón que después apareció. Así, pues, aunque ya en el ejército se empezaba á saber que la insurrección era universal, nadie la temía; creíase que sería un levantamiento, aunque general, tan fácil de reprimir como pronto en manifestarse. Lo que á la sazón pasaba en Aragón inspiraba por su índole igual confianza. El general Lefebvre-Desnoettes llegó á Pamplona y organizó allí su diminuta columna, que según hemos dicho se componía de tres mil infantes y artilleros, mil jinetes y seis bocas de fuego; tomadas estas disposiciones, dejó aquella ciudad el 6 de junio y en ella la diputación que tenía encargo de ir á llevar á Zaragoza proposiciones de paz, porque la violencia que en todas partes desplegaban los sublevados indicaba suficientemente que las lanzas de los polacos eran el único medio á que por entonces podía recurrirse. Marchando el día 7 sobre Valtierra, halló el general Lefebvre todos los pueblos desiertos y sus moradores reunidos con los rebeldes. Llegando á aquel punto, supo que el puente de Tudela sobre el Ebro había sido inutilizado y que todas las barcas del río habían sido robadas y llevadas á Tudela. Detúvose en Valtierra para proporcionarse medios de pasar el Ebro; mandó llevar del río Aragón al Ebro grandes barcas útiles para el pasaje, las puso enfrente de Valtierra y atravesó el Ebro por aquel punto. Al día siguiente, 8 de junio, acampó á vista de Tudela. Cubría sus inmediaciones un enjambre de insurgentes, haciendo fuego á la desbandada ocultos en los matorrales; su cuerpo principal, de ocho á diez mil hombres, estaba apostado en las alturas adelantado á la ciudad y le mandaba el marqués de Lazán, hermano de D. José Palafox. Hizo el general Lefebvre que le precedieran sus cazadores y numerosos pelotones de caballería, y los fué arrollando de una en otra posición hasta los muros de Tudela. Al llegar allí trató de mover pláticas para evitar las medidas de rigor y sobre todo la necesidad de entrar en Tudela á viva fuerza; pero sus enviados y hasta él mismo, fueron recibidos á fusilazos. Mandó entonces dar una carga á la bayoneta; sus bisoños llenos de ardimiento asaltaron á la carrera las posiciones del enemigo, le arrollaron y le cogieron sus cañones. Los lanceros persiguieron al galope á los fugitivos y mataron algunos centenares á lanzadas. Entraron los franceses en Tudela á paso de carga y en los primeros momentos se entregaron los soldados al merodeo; pero el general Lefebvre restableció en breve el orden perdonando á sus moradores (1). Perdimos sólo

(1) Omite el autor que aquí, como en todas las poblaciones que tomaron los franceses, arcabucearon algunas personas para escarmiento; porque para los gloriosos verdugos de Napoleón era delito defender los españoles sus hogares contra los invasores. Lo extraño es que Mr. Thiers, á cuyo notable talento no ha podido ocultarse el crimen cometido por el emperador en la invasión de España, después de calificar en varias ocasiones de *atentado* la conducta de Napoleón con nosotros, olvidando que la primera consecuencia de esta calificación tan justa es tener por intrusa la dinastía de Bonaparte en España y por ilegítima la administración francesa que se nos quería imponer, llame siempre *sublevados* ó *insurgentes* (cuando no *bandoleros*) á los que defienden sus legítimos derechos, y no halle otro nombre á propósito para designar á los héroes de la independencia nacional; ¡como si fuese crimen resistirse á los ambiciosos antojos del tirano del siglo, y fuese propiedad exclusiva de éste el regimiento y gobierno de toda la tierra!

(N. del T.)

unos diez hombres, entre muertos y heridos, y los sublevados trescientos ó cuatrocientos, unos detrás de sus trincheras, otros en el campo huyendo.

Dueño de Tudela y viendo destruído el puente y toda la tierra sublevada, creyó el general Lefebvre-Desnoettes que antes de avanzar debía asegurar su marcha desarmando los pueblos circunvecinos y restableciendo el puente de Tudela, única comunicación directa con Pamplona. Invirtió, pues, los tres días 9, 10 y 11 de junio en restablecer el puente del Ebro, recorrer la campiña y desarmar á los pobladores, haciendo pasar á cuchillo á los obstinados que no querían rendirse. El día 12, después de aseguradas sus comunicaciones, volvió á emprender su marcha, y llegando en la mañana del 13 á vista de Mallén, volvió á encontrar á los sublevados acaudillados por el marqués de Lazán y en número de ocho á diez mil paisanos, formando dos cuerpos. Después de dispersar las guerrillas que andaban diseminadas delante de Mallén, mandó asaltar la posición, lo cual no era muy dificultoso por cuanto aquella gente indisciplinada, no bien hacía la primera descarga, se replegaba en fuga detrás de la tropa de línea tirando por encima de ésta y ocasionando de este modo más pérdida en los mismos españoles que en los franceses. Embistió al enemigo por el flanco el general Lefebvre y le derrotó fácilmente arrollando todo lo que hallaba al paso. Los lanceros polacos, disparados en pos de los fugitivos, no les dieron cuartel, sino que cebados en la persecución atravesaron el Ebro á nado y les mataron ó hirieron más de mil hombres. Nuestra pérdida fué tan poco considerable como la que tuvimos en Tudela: no pasó de unos veinte hombres. La brevedad de estas pequeñas acciones, la insignificancia de nuestras pérdidas y la magnitud de las que sufría el enemigo, más aún que durante el combate en la huida y á mano de los polacos, se explica teniendo presente la vivacidad de aquellos ataques, la poca resistencia de los paisanos españoles, el embarazo de la tropa de línea, colocada la mayor parte de las veces entre dos fuegos enemigos, y por último, la completa anarquía que reinaba entre los sublevados.

Continuando el día 14 el general Lefebvre su marcha á Zaragoza, volvió á encontrar á éstos apostados en las alturas de Alagón, los trató como en Tudela y Mallén y los obligó á descampar precipitadamente. Sin embargo, por estar cansadas sus tropas, no los persiguió tanto como los días anteriores, y dejó para el siguiente su presentación delante de Zaragoza.

Llegó allí el día 15 de junio. Hubiera deseado entrar á viva fuerza; pero no era cosa fácil penetrar con tres mil hombres de infantería solamente, mil caballos y seis cañones de á 4, en una ciudad de cuarenta ó cincuenta mil almas, llena de tropa y de paisanaje resuelto á defenderse á la desesperada: en una ciudad cuya destrucción interesaba poco por ser sus defensores gente de los pueblos vecinos. Rodeaba á Zaragoza una antigua pared, flanqueada por un lado por un fuerte y de trecho en trecho por muchos y espaciosos conventos, que por sus dos extremidades se unía al Ebro. Aunque reinaba en la ciudad la mayor confusión, puesto que la tropa, los sublevados y el vecindario estaban unos de otros descontentos: la tropa quejándose de los bandoleros que no sabían más que robar, asesi-

nar y huir, y los bandoleros (1) quejándose de que la tropa no los eximía del bochorno de verse batidos; sin embargo, por lo tocante á la cuestión de la defensa todos estaban unidos en el deseo de resistir hasta la muerte y de no entregar la ciudad sino reducida á cenizas. Aquel paisanaje merodeador y fanático, animado con la necesidad de salir de su prolongada inercia, aunque inútil y cobarde en campo raso, era defensor esforzado é indómito al abrigo de unas murallas de que era dueño (2). El valiente Palafox por otro lado participaba de sus mismos sentimientos, y una vez tomado el partido de sacrificar la ciudad por los extraños á ella, era imposible toda sorpresa. Por eso, cuando el general Lefebvre se presentó bajo sus muros con su reducida hueste, la vió toda ocupada por una inmensa población conmovida y furiosa, y fué recibido con una granizada de balas que caía de todas partes. Fué preciso detenerse, porque su fuerza principal la constituía la caballería y no tenía más artillería que seis piezas de á 4. Se acampó en las alturas de la izquierda, cerca del Ebro, y envió inmediatamente el parte de sus operaciones al cuartel general de Bayona, pidiendo le envíen fuerzas más considerables de infantería y artillería para batir aquellos muros, no solamente reducidos á la muralla que ceñía á Zaragoza, sino reforzados con una multitud de edificios espaciosos que, una vez tomada la muralla, había que ir asaltando de uno en uno.

En Cataluña presentaban las cosas diverso aunque quizás más adusto semblante. En vez de ser allí accesible la campiña é inexpugnable la capital, sucedía todo lo contrario: Barcelona, que era la capital, era nuestra, y la campiña presentaba una tierra montuosa erizada de fortalezas y de poblaciones sublevadas. El general Duhesme con unos seis mil franceses y otros tantos italianos se hallaba en Barcelona como bloqueado desde la insurrección general de los últimos días de mayo. Gerona, Lérida, Manresa, Tarragona y casi todos los pueblos principales estaban completamente sublevados, bajando sus habitantes hasta el recinto de la ciudad para matarnos los centinelas. A pesar de eso, habiendo recibido el día 3 de junio una orden para que encaminase la división de Chabrán con dirección á Valencia, á fin de que diese la mano al mariscal Moncey, la hizo marchar el día 4 señalándole la ruta de Lérida, de modo que pudiera observar de camino lo que pasaba en Aragón. El general Chabrán, que llevaba una buena división francesa, no tuvo que vencer muchos obstáculos por la carretera en que constantemente permaneció; trató bien á los habitantes, logró que ellos le facilitasen víveres, que no podían rehusarle, y llegó á Tarragona casi sin disparar un tiro. Llegó muy á tiempo para precaver una sublevación, porque el regimiento suizo de Wimpfen, que la guarnecía, no estaba aún decidido. Pacificó Chabrán á Tarragona, exigió que los oficiales suizos le diesen su palabra de honor de permanecer fieles á la Francia, que consentía en tomarlos

(1) Véase la nota anterior.

(N. del T.)

(2) Aunque nadie ignore que Zaragoza no tiene ni tuvo jamás murallas, como la mengua que de su heroica defensa resultó para el invasor sube de punto considerando esta indómita población desguarnecida y desmurada, quiere Mr. Thiers que se resguardasen con fuertes muros los acerados pechos de los *bandoleros* que la defendían.

(N. del T.)

á su servicio, y por entonces al menos quedó restablecido el orden en aquella importante plaza.

Pero los sublevados esperaban precisamente á que saliese de Barcelona y se dividieran las tropas francesas para caer sobre nuestras tropas. El famoso monasterio de Montserrat, situado entre peñas en la montuosa barrera que rodea á Barcelona, pasaba por el foco de la insurrección. Para llegar á este punto había que atravesar el río Llobregat, que divide aquella barrera de montañas antes de desaguar en la mar: pretendían los insurrectos apoderarse de la corriente de dicho río, establecerse en ella sólidamente y encerrar de este modo al general Duhesme en la capital, interceptando su comunicación con Tarragona; porque corre el Llobregat al Mediodía de Barcelona entre ambas ciudades.

Quería el general Duhesme dejar desalojado el Montserrat é impedir que los sublevados se estableciesen entre él y el general Chabrán, y con este objeto mandó salir al general Schwartz á la cabeza de una columna de infantería y caballería, con orden de que se dirigiese al Llobregat, le pasase y fuese en seguida por el Bruch á registrar el Montserrat. En efecto, salió aquel oficial el 5 de junio, y al principio sólo halló insurgentes que le cedieron el campo sin resistencia; pasó el Llobregat, atravesó también sin percance alguno por Molíns de Rey, Martorell y Esparraguera, y llegó felizmente hasta el Bruch; mas en este punto, al querer dirigirse al Montserrat, oyó el toque de somatén en todos los pueblos, se vió asaltado por una nube de guerrilleros, supo que en todos los lugares de la tierra circunvecina estaban alzando barreras, cortando puentes y destruyendo los caminos, y temeroso de verse envuelto adoptó el partido de volver atrás. Tuvo entonces que vencer todo género de dificultades, particularmente en el pueblo de Esparraguera, donde había que pasar por una interminable calle llena de barricadas. Fué forzoso empeñar á cada paso encarnizados combates, en que los hombres del país hacían fuego desde las ventanas, las mujeres y los niños arrojaban desde los tejados piedras y aceite hirviendo sobre la tropa. Por último, al pasar un puente, que habían cortado de modo que estando accesible al parecer se quebrantase al menor peso, en el momento de atravesar uno de nuestros cañones se hundió con el puente. Volvió á entrar en Barcelona el general Schwartz, después de haber sufrido grandes pérdidas, el día 7 de junio, sobremanera cansado. Era evidente que el fanático paisanaje, tan falto de fuerzas en campo abierto, iba á sernos formidable al amparo de sus viviendas, de sus calles obstruídas, de sus puentes atascados, de sus peñas y matorrales, y en suma de todos cuantos obstáculos podían servirle de parapeto en las acciones.

Alentados los insurrectos con la retirada del general Schwartz se atrevieron en los días 8 y 9 de junio á establecerse en el Llobregat, ocupando á viva fuerza los lugares de San Boy, San Feliu y Molíns de Rey. Su plan se reducía siempre á envolver al general Duhesme y á interceptar sus comunicaciones con el general Chabrán. Conoció Duhesme lo perjudicial que era permitir que lograsen este designio, y el día 10 de junio salió de Barcelona con tres columnas para desalojar de su posición á los sublevados. Llegaron nuestros soldados al Llobregat de madrugada, le atravesaron con el agua